

Duendes y juegos en García Lorca **Por Graciela Nieto**

En la primavera de 1933, en la Sociedad Amigos del Arte de la ciudad de Buenos Aires, Federico García Lorca dicta una conferencia sobre Teoría y juego del duende. Es un verdadero tratado sobre la creación artística.

Lorca toma la metáfora de un famoso cantaor, Manuel Torre, quien dijo: “Todo lo que tiene sonidos negros tiene duende”. Desde allí se desarrolla la teoría del duende. Se trata de un poder misterioso que todos sienten y que ningún filósofo puede explicar.

García Lorca, creador, dramaturgo y poeta, conocido universalmente por su originalidad, es muy difícil de etiquetar por el asombro que causa su voz, que aún tiene resonancias.

Hay una concepción de la creación artística importante e ignorada a la vez en su obra.

Pero... ¿qué es el duende? Es un poder y no un obrar, es un luchar y no un pensar. En un cantor, el duende no está en la garganta, el duende sube por dentro desde la planta de los pies.

El duende del que habla García Lorca es oscuro y estremecido, es descendiente del alegrísimo demonio de Sócrates, de mármol y sal, que lo arañó indignado el día que tomó la cicuta. El ángel guía y regala como San Rafael, deslumbra, vuela sobre la cabeza del hombre, está por encima, derrama su gracia y el hombre sin esfuerzo realiza su obra. La musa dicta, en ocasiones sopla. Los poetas de musas oyen voces y no saben dónde, pero son de la musa que los alienta y a veces se los merienda, ironiza.

Ángel y musa vienen de afuera, el ángel da luces, la musa da formas; al duende, en cambio, hay que despertarlo en las últimas habitaciones de la sangre. Hace del duende palabra humilde y fantástica, una categoría del arte universal. Duende quiere decir, dueño de casa, es el que se apodera de los hogares para encantarlos, es el que habita. Se trata de un ser sobrenatural.

Así, la verdadera lucha del creador es con el duende. Se trata de un reto. Para encontrar al duende no hay mapa ni ejercicio. Solo se sabe que quema la sangre, que agota, que rechaza toda la dulce geometría aprendida, que rompe estilos. Va mucho más allá de ellos.

Lo que se sabe es que no es posible ninguna emoción sin la llegada del duende. Esa llegada presupone un cambio radical en todas las formas, sobre los planos viejos, da sensación de frescura, totalmente inéditas, con una calidad de rosa recién llegada, de milagro que llega a producir un entusiasmo casi religioso.

Ocurre que el duende siempre expresa una emoción nueva que nada tiene que ver con la anterior, que pone sangre viva y ciencia sobre cuerpos vacíos de expresión. Es así como el duende no llega sino no ve la posibilidad de muerte, ángel y musa se escapan

con violín o compás, el duende hiere y en la curación de la herida, que no se cierra nunca, está lo insólito, lo inventado de la obra del hombre. Allí el hombre hará aparecer, inventa lo que no estaba, es creación en acto, dice García Lorca.

Están los significantes pero estos serán vaciados de sentido, o pueden estar vaciados de sentido; lo cierto es que, quien los toma, los recrea e inventa un modo, nuevo, único, inédito al sentirlo, de gozarlos en su cuerpo, estableciendo un nuevo orden de cosas.

Creando su obra. Haciéndola suya, subjetivándola. Esto, para García Lorca, no es posible sin duende. No es mera repetición.

El duende es teoría y juego, precisión e ingenio, el duende nos transforma generando una visión nueva de la creación artística.

Este escrito es subversivo en muchos sentidos. Subvierte la idea del arte de su momento aludiendo a la relevancia del decir del pueblo, recupera el decir y hacer popular.

Indaga sobre la importancia de la emoción puesta en juego ahí en el acto mismo de su creación, momento único. Es sentimiento que toma al sujeto y lo transforma. El duende es estilo vivo que se subjetiva y se incorpora en el cuerpo, espíritu de la tierra. Todas las artes son capaces de duende, pero encuentra más campo en la música, la danza y en la poesía hablada, porque son formas que nacen y mueren de modo perpetuo y alcanzan sus contornos en el momento exacto.

Para García Lorca es España un país de música y danza milenaria, donde el duende exprime limones de madrugada y como país de muerte, está abierto a la muerte. En España un muerto está más vivo como muerto que en ningún sitio del mundo.

García Lorca entiende la creación como un alumbramiento que solo oye tres voces: la voz del arte, la voz del amor y la de la muerte. Creación, Eros y Thanatos.

Dar a luz algo nuevo, implica un despojarse del sentido, perder lo conocido y avanzar en la desnudez del vacío. Para ello hay que aceptar la evidencia de que vamos a morir.

De ahí que se canta no solo lo que se pierde sino lo que nos pierde y contra aquello que causa nuestra perdición. La muerte nos remite a nuestra esencia de seres castrados irremediablemente. Para alcanzar el duende hay que poder tener relación al vacío de la existencia, poder perder hasta lo último. Y buscar el ser ahí, ya no para la muerte, como decía Heidegger, sino para poder inventar algo nuevo, jugando. Para poder parir algo nuevo, García Lorca se amiga con el sentimiento mágico de la realidad. Hay un movimiento que supone un vaciamiento de sentidos anteriores, que se sustrae de significaciones y deja un agujero. La presencia real de la muerte permite quitar los sentidos posibles para poder instalar allí lo nuevo, lo que no existía antes, dándole existencia y consistencia. Hay un vaciamiento de significaciones que desaloja los sentidos anteriores y hace presente la falta, la castración que deja presencia al agujero, sobre el que se juega alegremente, soportándolo para instalar lo nuevo, con la alegría y

la pasión del niño que se divierte creando, armando en soledad su acto. El coraje, dice Miller, es hacer la experiencia de la fuga del sentido hasta dar pruebas de un real. Creando y nombrando lo nuevo del lado del juego que implica el juego sobre el sentido doble del significante. O sea juego y poesía.

La creación es el registro que introduce al significante en tanto nomina y hace consistir.

Todas las artes tienen capacidad de duende, pero se encuentra allí donde se necesita un cuerpo vivo que interprete, ya que son formas que nacen y mueren.

El duende no llega si no ve posibilidad de muerte, el duende ama el borde, la herida y tiene en toda España un campo sin límites sobre los cuerpos de las bailarinas de Cádiz, sobre los pechos de los que cantan, en la liturgia de los toros. Juega allí en el borde entre la vida y la muerte. Es que nace entre ambas.

Lo importante es que el duende no se repite, como no se repiten las formas del mar en la borrasca, enfatiza el poeta García Lorca. Se necesita del duende para dar en el clavo de la verdad artística.

Sobre lo que implica el duende construye un nuevo y sorprendente concepto sobre cómo vivir... el arte. Este modo particular de ficción, creando una nueva categoría que implica un nuevo modo de sentir, vivir y la posesión misma del sujeto por el acto creativo. Enfatiza cómo el duende se apodera del cuerpo, lo modifica y lo posee en tanto transforma al sujeto.

Pero volvamos a la pregunta que insiste. ¿Dónde está el duende?

Dice su poesía...

“Por el arco vacío entra un aire mental que sopla con insistencia sobre las cabezas de los muertos en busca de nuevos paisajes y acentos ignorados: un aire con olor de saliva de niño, de hierba machacada y velo de medusa que anuncia el constante bautizo de las cosas recién creadas”.

Bibliografía

García Lorca, F., “Teoría y juego del duende”, *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1969.

Miller, J.-A., *Lo real y el sentido*, Diva, Bs. As., 2003.

Nieto, G.; Nuri, M.B.; *Aristas del desierto. Cuestiones de Arte y psicoanálisis*, El Mono Amado.